

## LA NATURALIDAD COMO FUNDAMENTO DE LA ORIGINALIDAD

Últimamente, hemos recibido dos poemarios de Jorge Emilio Sierra Montoya. Los dos volúmenes están concebidos temáticamente, son profusamente ilustrados y testimonian una gran calidad editorial. Uno se titula *Buenos días, amor* (1998), el otro, *Poemas para niños* (1999). Ambos libros fueron patrocinados por la Universidad Simón Bolívar que, de forma sorprendente, se destaca por su labor cultural en el ámbito universitario de Colombia. Es justo recalcar la excelencia de los libros y de la revista *Desarrollo Indoamericano* que divulga este centro académico ubicado en la Costa Atlántica, el cual ya con creces extendió su influencia regional y se posesiona fuertemente desde hace muchísimos años en el ámbito nacional e internacional. Su ejemplo es edificante y puede servir de modelo a muchas universidades, para demostrar el modo de cumplir con la labor de la extensión cultural, reconocida como la tercera actividad más importante de toda casa de estudios, después de la docencia y de la investigación.

Mas, regresemos a los libros del poeta Sierra Montoya, verdadero motivo de esta nota. Ambos títulos son dignos de atención.

Ya, la primera poesía de *Poemas para niños* nos llama la atención por su frescura de expresión. Comienza:

*Una conchita muy blanca  
fue arrojada por el mar.  
Era blanca como espuma  
de las olas al chocar.*

*Su historia sólo la cuentan  
los peces multicolores  
que le hacían compañía  
y escuchaban sus canciones.*

Al leer, algunos estamos oyendo cantar a los niños, otros los escuchamos jugar sus rondas, y siempre nos queda la sensación de pureza, una riquísima asociación con el mar, el infinito, la alegría, los leves soplos de las briznas y, sobre todo, la identificación con la naturaleza. La espontaneidad está acompañada de una métrica sonora y marcadas rimas que resaltan la tradición clásica de este género literario. Los versos de Sierra Montoya testimonian su dominio de la forma, son regulares, pero no rígidos, son originales y, al mismo tiempo, naturales, armoniosos. Los valores acústicos, en la versión del poeta, prestan el concurso al desarrollo de la memoria y facilitan la memorización de los textos. Además, la enunciación rítmica insiste en la invitación a disfrutar de ellos, saltar y jugar. De esta manera se cumplen unas de las más valiosas reglas de la poesía infantil.

En la literatura para niños es también importante el aspecto formativo que se transmite a los niños, que también, conocemos casos elogiosos y éste es uno de ellos, puede ser aprovechado por los adultos. La naturalidad de las tres últimas estrofas, en su fondo, alude al misterio de la vida, a su ciclo cerrado del eterno retorno, en todas sus dimensiones. El poema *La conchita de mar* termina:

...Un niño lo recogió  
 '¡Cuán bella es!', repetía  
 mientras saltaba contento  
 mientras gritaba y reía.

La conchita era tan blanca,  
 tan blanca, pura y pequeña,  
 que en las manos de aquel niño  
 desapareció sin pena.

Y volvió al mar, que es su casa,  
 o a la playa, o a la espuma,  
 o el viento se la llevó  
 hacia una estrella o la luna.

La conchita aparece en la orilla, es motivo de la alegría de un niño y en un instante, que tampoco podemos llamar de descuido, se desmorona y sigue bajo otras formas. No se buscan culpables, ni responsables en este proceso de transformación. El suceso está relacionado con la sorpresa, con el asombro que tantas veces se hacen presentes en el transcurso de nuestras vidas. Más vale la aceptación del hecho fortuito, la sinceridad de la actitud, que la búsqueda de la culpa. Señalemos, igualmente, la presencia del movimiento: *arrojada, chocar, ir, cruzaban, pulían, limpiaban, recogió, saltaba, desapareció, volvió y se la llevó*, que contribuye de forma natural a los cambios.

El poema parece huir del didactismo, aunque indudablemente invita a la reflexión. Es un canto amoroso y regocijado a la realidad, a la vida misma y, también por esta razón, su protagonista es un niño. Pero no termina ahí la función pedagógica de estas líneas porque se hace

notar la apertura hacia el misterio de la existencia, hacia el infinito. Se crea una serie de imágenes que se pueden convertir, en el futuro, en una concepción antropológica. La pequeña conchita blanca se vuelve más que un sensible motivo literario, aunque sigue siendo un elemento lírico de verdadero peso.

Podríamos enumerar muchos rasgos representativos en la creación poética de Jorge Emilio para niños. Uno de ellos consiste en despertar la imaginación y evocar los tiempos de hadas, por ejemplo como en *El castillo de piedra*. Otro rasgo es la antropomorfización de los animales, como en las tradicionales fábulas, que permite que los perros o los pájaros piensen, hablen y expresen los juicios como si fueran hombres, como, entre otros, en *Los dos loritos*, *El pajarito y la lluvia*, *Vuela, vuela, pajarito*, *El árbol y el perro* o *Un perro rabioso*.

Pero, para terminar esta breve apreciación de *Poemas para niños*, quiero indicar un interesante aprovechamiento de la relación con los refranes populares o los adagios. Un pretexto puede resultar útil, como en *En el gallinero*. Éstas son la primera y la última estrofa del poema:

La gallinita corría  
 de un gallo alto y gruñón  
 que le daba picotazos  
 por estar de mal humor.  
 [...]
 ¿Qué fue de la gallinita?  
 ¿Y del gallo abusador?  
 No lo sé, pero presiento  
 Que hubo algo entre los dos [...].

¿Qué agregar? Todos tenemos nuestras respuestas.

Ahora el otro libro, aunque primero en la cronología de su publicación: *Buenos días, amor*. El tema de amor en la lírica es, tradicionalmente, uno de los más trabajados, pero hay autores, como es el caso de Jorge Emilio Sierra Montoya, que siempre descubren algo nuevo para decir. Los

dos textos indican que el autor identifica la poesía con el sentimiento y la musicalidad. O quizá, con la musicalidad y el sentimiento, porque ¿cuál es más importante? ¿El primero porque introduce, inicia, o el segundo porque encierra, hace más patente la idea anunciada? O, tal vez, es más razonable seguir el espíritu de la ecuanimidad y otorgar a ambos aspectos la misma valoración y que se entrelacen, enriqueciendo mutuamente.

En sus poemas, Sierra Montoya quiere simplemente, pero de una manera natural, sincera y en toda su fecundidad espiritual, alabar el amor, este sentimiento que nos hace crecer y que permite que seamos personas. El poeta no se oculta detrás de las refinadas extravagancias o de las elucubraciones seudocientíficas o seudofilosóficas que, entre algunos epígonos postmodernistas, están aún tan de moda, a pesar de ser agonizantes. Él no quiere –y tampoco lo desea para sus lectores– que el camino del hombre conduzca a la desesperación, a la angustia, al aniquilamiento. Él prefiere la luz, el aire, el amor. Su vena clásica retoma elementos antiguos y los vuelve actuales en un equilibrio melodioso y pleno donde aparece la unión.

El poemario no es un recuento sobre la pasión, aunque ésta puede estar presente y es humana y puede ser elogiada. La bienvenida que le da el título mismo al amor, permite suponer que es un acercamiento de esperanza. Sin embargo, el optimismo o el gozo no son los únicos sentimientos que hallamos en los versos, pues la vida puede fascinarnos por su riqueza imprevisible y hasta los momentos de tristeza, nostalgia o dolor hacen parte de la afirmación del hombre. La confianza en la pareja hace crecer a ambos, como en estos versos de *Regreso*:

*Vuelvo hacia ti, calmado, silencioso,  
con las alas cansadas de volar;  
arrastro mis pies sucios, sudorosos,  
de tanto caminar.*

*Recíbeme con tus brazos abiertos;  
házme sentir de nuevo tu calor,  
y no dejes que vuelva yo a dejarte  
si aún sientes amor.*

Regresamos, después de habernos alejado. En este caso no conocemos las razones, ni los antecedentes. No sabemos quién se fue. Lo importante es volver a unirse. *Las alas cansadas de volar* reconocen cómo de insignificantes o incompletos eran esos tiempos sin la pareja, y cómo ese trajinar con *los pies sucios y sudorosos* fue erróneo y penoso. La amada es como el puerto salvífico de los marineros o de los náufragos que estaban a la deriva.

A lo largo de la lectura de estas páginas hallamos las palabras de admiración a la mujer, referencias a los momentos vividos juntos, el recuerdo de los descubrimientos comunes, de las intimidades y de las fascinaciones compartidas. El amor permite salir hasta de los callejones sin salida. El amor es, igualmente para el poeta, la afirmación de Dios, de la realidad circundante y del hombre.

La última estrofa del soneto *Tus huellas* con que finaliza el libro aclara:

*Eres la razón de mi existencia.  
Tras mis pasos quedarán tus huellas  
Que habrán de seguir cuando yo  
muera.*

Y no es simplemente un homenaje al amor, sino una confesión de alguien convencido de lo ilimitado del amor. Los buenos frutos pueden dar buenos frutos y apreciamos los frutos hasta cuando no conocemos el árbol.

Finalmente, queremos señalar que la naturalidad puede ser fundamento de la originalidad, sobre todo cuando se basa en la verdad. La poesía de Jorge Emilio Sierra Montoya es una creación original y al mismo tiempo natural y este tipo de literatura es escaso hoy día. ■

BOGDAN PIOTROWSKI